

EL JUDAÍSMO EN LA MÚSICA

EL JUDAÍSMO EN LA MÚSICA (1850)²

Recientemente se habló en la *Neue Zeitschrift für Musik*³ de un “gusto artístico hebreo”: Era inevitable que tanto el cuestionamiento como la defensa de esta expresión se sucedieran enseguida. Estimo relevante ahondar más en este asunto que hasta ahora la crítica sólo había tratado a escondidas o en arrebatos de cierta excitación. Al disponerme a ello no pretendo tanto aportar algo nuevo como explicar el sentimiento que de manera inconsciente se manifiesta en el pueblo en forma de profunda aversión contra el ser judío, sin pretender reavivar artificialmente por medio de alguna fantasía algo inexistente, sino volver explícito algo que existe en la realidad. Cualquier crítica obrará en contra de su propia naturaleza si pretende otra cosa en sus ataques o defensas.

Como nuestra intención únicamente es explicar los motivos de esta repulsa popular contra el ser judío, también presente en nuestra época, en lo que respecta al arte y, más

2 Aunque Wagner indica aquí la fecha de la publicación original como si el texto no hubiera sufrido variaciones, la reedición de 1869 incorpora ciertas alteraciones de la versión original. Aunque en lo esencial el contenido sigue siendo el mismo, destacaremos a pie de página los casos en que la divergencia con respecto a la edición original resulte especialmente relevante.

3 “Nueva Revista de Música”. Fundada por Robert Schumann en abril de 1834, quien también escribió muchos de sus artículos. En 1844 Schumann le cedió el puesto de editor a Franz Brendel, quien compró la revista y siguió a su cargo hasta su muerte en 1868. La publicación sigue existiendo en la actualidad.

concretamente, a la música, tendremos que dejar a un lado la explicación de dicha manifestación en los ámbitos de la religión y de la política. En el terreno religioso hace ya tiempo que los judíos han dejado de ser enemigos odiosos... ¡gracias a todos los que se han ganado el odio del pueblo en el mismo seno de la religión cristiana! En la política propiamente dicha nunca hemos entrado verdaderamente en conflicto con los judíos. Incluso les concedimos la fundación de un reino de Jerusalén, y en este sentido más bien tuvimos que lamentar que el señor Von Rothschild fuera demasiado listo para hacerse nombrar Rey de los Judíos, prefiriendo, como es bien sabido, seguir siendo “el judío de los reyes”. Pero las cosas cambian ahí donde la política pasa a convertirse en un asunto social. Aquí la especial situación de los judíos nos indujo a hacer un llamamiento por la justicia humanitaria durante el tiempo en que más claramente despertó a nuestra conciencia el ansia de libertad social. Al luchar por la emancipación de los judíos estábamos combatiendo más por un principio abstracto que por su caso concreto⁴. Así como todo nuestro liberalismo fue un juego mental no especialmente clarividente, pues nos volcamos por la libertad del pueblo sin conocerlo, es más, incluso con aversión ante cualquier roce real con él, también nuestro afán por la igualdad de derechos de los judíos se debía más al estímulo que nos proporcionaba una idea genérica que a una simpatía real. Pues aun con todo lo que se dijo y se

4 En referencia al “período revolucionario” de la vida de Wagner, marcado por la influencia del idealismo alemán -- en especial de la filosofía de Hegel—y más tarde por las ideas anarquistas de Bakunin, con quien se relacionó. Este período culminó con su actividad política en la llamada “Revolución de Dresde” de 1849, la cual le obligó a huir primero a Weimar y después a Zurich. Como demuestra este panfleto, en 1850 ya había cambiado de opinión con respecto al liberalismo. Sin embargo, ya nunca renunció a su crítica del capitalismo, que él --al igual que Karl Marx— vinculaba a lo judío.

escribió a favor de la emancipación de los judíos, al entrar en contacto real y activo con ellos siempre sentimos una espontánea repulsión.

Y aquí llegamos a un punto que nos aproxima un poco más a nuestro objetivo: tenemos que explicarnos lo *espontáneamente repulsivo* que tienen para nosotros la personalidad y la esencia de los judíos a fin de justificar esta aversión instintiva, dándonos buena cuenta de que es más fuerte y predominante que nuestro afán consciente por librarnos de ella. Aún hoy no hacemos sino autoengañarnos premeditadamente cuando pensamos que tenemos que ver con malos ojos y considerar incívico el anunciar públicamente nuestra aversión natural contra el ser judío. Sólo en tiempos recientes parecemos haber entendido que resulta más razonable liberarnos de la presión de ese autoengaño a cambio de poder contemplar con total objetividad el objeto de nuestra simpatía forzosa y acertar a comprender nuestra aversión contra él, que sigue existiendo a pesar de todas las ficciones del liberalismo. Para nuestra sorpresa, constatamos que durante nuestra lucha liberal flotábamos en el aire y combatíamos contra las nubes mientras alguien se apoderaba del bello suelo de la realidad más firme; alguien que encontraba la mar de entretenidos nuestros saltos en el aire, pero que nos consideraba demasiado ridículos para indemnizarnos cediéndonos una porción del suelo de la realidad que había usurpado. Sin darnos cuenta, el 'acreedor de los reyes' se había convertido en el Rey de los Acreedores, y ya no podemos sino considerar cándida en extremo la petición de emancipación de este rey, cuando ahora somos nosotros quienes nos vemos en la necesidad de luchar para emanciparnos de los judíos. En el orden presente de las cosas, el judío ya está mucho más que emancipado: Él nos rige, y seguirá haciéndolo mientras el dinero siga siendo un poder contra el que todo

lo que hagamos o dejemos de hacer pierda su fuerza. Que la miseria histórica de los judíos y la rapaz brutalidad de los poderosos germano-cristianos fueran quienes pusieron ese poder en manos de los hijos de Israel es algo que no corresponde dilucidar aquí. Pero hay un aspecto cuyas causas sí merecen nuestra atención: La imposibilidad de seguir creando algo natural, necesario y verdaderamente bello sobre la base de la evolución actual del arte sin darle a éste un vuelco radical es precisamente lo que ha puesto el gusto artístico del público actual en las industriosas manos judías. El tributo que bajo afanes y tormentos le rendían los siervos a los señores del mundo romano y medieval, hoy el judío lo está convirtiendo en dinero. Al ver esos papelitos de inocente apariencia, ¿quién se da cuenta de que llevan adherida la sangre de incontables generaciones? Lo que con un esfuerzo inaudito, que les consumió el aliento y la vida, los genios artísticos le arrancaron al demonio enemigo de las artes durante dos infaustos milenios, el judío lo convierte en un tráfico comercial de mercancía artística. Al ver esas bonitas obritas de arte, ¿quién se da cuenta de que han sido encoladas con el sagrado sudor del genio atormentado de dos mil años?

No es preciso que demostremos aquí la judaización del arte moderno: salta a la vista y ella sola se confirma ante los sentidos. Nos llevaría demasiado lejos proponernos explicar este fenómeno con pruebas extraídas de la índole particular de nuestra historia del arte. Pero si lo que nos parece más necesario es emanciparnos de la presión del judaísmo, lo que tiene que parecernos más importante es, por encima de todo, verificar la idoneidad de nuestras fuerzas para este combate de liberación. Sin embargo, no obtendremos estas fuerzas mediante la definición abstracta de ese fenómeno, sino mediante el conocimiento preciso de la naturaleza de esa sensación que nos habita involuntariamente y que se

manifiesta en forma de repulsión instintiva contra el ser judío. Si la admitimos sin ambages, será por medio de ella, la invencible, como se nos aclarará qué es lo que odiamos de él. Sólo a lo que conozcamos con precisión podremos plantarle cara. Es más, sólo mediante su completo desvelamiento podremos concebir la esperanza de expulsar al demonio de ese campo en el que sólo puede mantenerse bajo la protección de una sombría penumbra, la misma penumbra que nosotros, los benévolos humanistas, hemos proyectado sobre él para que su visión nos resultara menos repugnante.

* * *

En nuestra vida cotidiana, el judío --que, como es bien sabido, tiene a un dios sólo para él-- llama primero nuestra atención por su apariencia externa que, independientemente de la nacionalidad europea a la que pertenezcamos, contiene algo desagradablemente ajeno a ella. De un modo inconsciente, no deseamos tener nada en común con una persona de aspecto semejante. Antiguamente esta circunstancia tenía que ser una desgracia para el judío, pero en la actualidad nos damos cuenta de que se siente muy a gusto con ello. A juzgar por sus éxitos, es probable que, entre tanto, esa diferencia respecto a nosotros incluso se le antoje una distinción. Dejando a un lado el aspecto moral del efecto que causa este desagradable juego de la naturaleza, aquí sólo queremos destacar, en referencia al arte, que esa apariencia externa nunca podrá concebirse como objeto de representación artística: Cuando las artes plásticas pretenden representar a un judío suelen tomar sus modelos de la fantasía, refinando sabiamente o excluyendo por completo precisamente todo aquello que en la vida real caracteriza la apariencia judía a nuestros ojos. Pero un judío nunca irá a parar al escenario de un teatro: las excepciones a esta regla

son tan escasas y particulares que no hacen sino confirmarla. No podemos imaginarnos a un personaje antiguo o moderno, ya sea un héroe o un galán, interpretado por un judío sobre el escenario sin experimentar involuntariamente lo ridículamente inadecuado de una representación semejante^{1A}. Y este es un aspecto muy importante: un ser humano cuya apariencia tenemos que considerar inadecuada para el mensaje artístico, y no para representar a una personalidad determinada, sino en razón de su estirpe en general, no podremos considerarla tampoco capacitada para expresarse artísticamente.

Sin embargo, tanto más importante, incluso decisivo, es observar el efecto que el judío causa sobre nosotros a través de su *lengua*, pues éste es el principal punto de apoyo para desentrañar su influencia en la música. El judío habla la lengua de la nación en la que vive y en la que vivieron generaciones anteriores a él, pero la habla siempre como un extranjero. En la medida en que, llegados a este punto, se impone analizar también las causas de este fenómeno, se nos permitirá pasar por alto la crítica a la civilización cristiana responsable de haber preservado al judío en su forzoso aislamiento, del mismo modo que, en vistas del éxito de este aislamiento, tampoco pretenderemos inculpar de ello a los judíos. Por el contrario, lo que nos interesa es examinar el carácter estético de estos resultados. En primer lugar, la circunstancia de que el judío sólo hable las lenguas europeas modernas en cuanto lenguas aprendidas, y no nativas, le impide necesariamente expresarse de un forma característica, autónoma y afín a su modo de ser. La expresión y la evolución de una lengua no es obra de unos individuos, sino de una comunidad histórica. Sólo quien haya crecido espontáneamente en esta comunidad será también partícipe de sus creaciones. El judío, sin embargo, estaba fuera de dicha comunidad, a solas con su Yahvé, en una estirpe dis-

persa y sin raíces, a la que forzosamente le estaba negado evolucionar a partir de sí misma, del mismo modo que incluso la peculiar lengua (hebrea) de esta estirpe sólo se conserva como lengua muerta. Crear auténtica poesía en una lengua que no es la propia hasta ahora le ha resultado imposible incluso a los mayores genios. Toda nuestra civilización y nuestro arte europeos han sido siempre para el judío una lengua extraña, pues del mismo modo en que no han tomado parte en la formación de ésta, tampoco lo han hecho en la evolución de aquéllos. A lo sumo, el desgraciado y apátrida judío se habrá limitado a observarlos fríamente, incluso con hostilidad. En esta lengua, en este arte, el judío no podrá sino repetir o imitar, pero nunca expresarse verdaderamente mediante obras de arte o poesía.

Nos repugna especialmente la expresión puramente sensual de la lengua judía. Aun con sus dos mil años de trato con naciones europeas, la cultura no ha acertado a romper la peculiar obstinación del natural judío en la característica pronunciación semita. En primer lugar, a nuestro oído le resulta decididamente ajeno y desagradable la articulación siseante, estridente, zumbante y arrastrada del habla judía. Un empleo totalmente ajeno a nuestra lengua nacional y una torcedura caprichosa de las palabras y de las construcciones fraseológicas proporcionan a estos sonidos el carácter de un parloteo insoportablemente confuso, de modo que al escucharlo no podemos evitar mantener nuestra atención más ligada a la repugnante forma del discurso judío que a su contenido. Es fundamental reconocer y tener presente lo importante que resulta esta circunstancia para explicar la impresión que las obras musicales de los judíos modernos causan en nosotros. Cuando oímos hablar a un judío, la falta absoluta de expresión humana de su discurso nos hiere involuntariamente: la fría indiferencia de su peculiar parloteo se exalta sin motivo hasta alcanzar la excita-

ción propia de una pasión extrema y acalorada. En cambio, si nosotros nos viéramos inducidos a expresarnos con similar exaltación, él nos evitaría, puesto que es incapaz de darnos réplica. Un judío nunca se exaltará al intercambiar con nosotros sus sensaciones, sino que lo hará sólo en el interés concreto y egoísta de su vanidad o de su beneficio, cosa que, dada la expresión deformadora de su habla, siempre le proporcionará a su exaltación un aire ridículo, despertando en nosotros todo menos simpatía por sus intereses. Y aunque en principio nada nos impide concebir que, cuando los judíos departen entre ellos sobre sus propios asuntos --especialmente en el ámbito familiar, que es el más susceptible de despertar sentimientos puramente humanos-- también ellos sean capaces de darles a sus sentimientos una expresión capaz de generar simpatía, aquí no podemos tomar eso en consideración, puesto que se trata de centrarse en el judío que se dirige directamente *a nosotros* en el comercio de la vida y del arte.

Si el modo de hablar característico que aquí hemos expuesto hace al judío prácticamente incapaz de expresar artísticamente sus sentimientos y puntos de vista a través del *discurso*, con más razón tiene que resultarle imposible expresarlos a través del *canto*. Después de todo, el canto no es sino el discurso exaltado hasta la máxima pasión: la música es el lenguaje de la pasión. Si cuando el judío se exalta al hablar se nos manifiesta con un apasionamiento ridículo, pero nunca con una pasión capaz de generar nuestra simpatía, cuando se dispone a cantar nos resulta simple y llanamente insoportable. Cuando un judío canta, todo lo que ya nos había resultado repugnante en su apariencia y en su habla nos impulsará a salir corriendo, a no ser que nos retenga la naturaleza por completo ridícula de esta manifestación. En el canto, en cuanto expresión más viva e irrefutablemente auténtica de la sensibilidad personal, la odiosa circunspección

de la naturaleza judía llega al colmo y, siguiendo una suposición lógica, deberíamos considerar al judío potencialmente capacitado en cualquier campo artístico menos en aquellos cuya base la constituya precisamente el canto.

La capacidad sensitiva de contemplación de los judíos nunca ha permitido que surjan artistas plásticos de entre ellos: Siempre han empleado sus ojos para cosas mucho más prácticas que la belleza y el contenido espiritual del mundo de las formas. Que yo sepa, en nuestra época no conocemos a ningún arquitecto ni escultor judío. Debo dejar para los especialistas en la materia si los pintores de ascendencia judía más recientes han sido capaces de crear realmente algo con su arte, pero estimo muy probable que estos artistas no adopten con respecto a las artes plásticas una posición muy distinta a la de los compositores judíos contemporáneos con respecto a la música, que es la cuestión que pasaremos a analizar ahora en mayor detalle.

El judío, que no es capaz de manifestársenos artísticamente ni por su apariencia externa, ni por su lengua, ni mucho menos por su canto, a pesar de todo ello ha conseguido dominar el gusto del público en la variante más extendida del arte moderno, la música. A fin de explicar este fenómeno, analicemos primero cómo lo fue posible al judío hacerse músico.